

# J. G. Ballard

## Cuentos completos



J. G. Ballard es muy conocido como novelista, pero también era un maestro del relato y del cuento, donde condensaba en pocas páginas una imaginación fértil y un estilo poderoso. En este volumen se reúnen por primera vez todos sus cuentos, que con anterioridad se encontraban dispersos en su amplia bibliografía.

Un libro imprescindible para todos los lectores amantes de la buena literatura y punto de referencia ineludible para todos los que tengan el deseo y la voluntad de escribir. Con estos textos, Ballard demuestra una vez más su dominio de las herramientas del escritor y su capacidad para analizar y diseccionar la sociedad contemporánea.

## INTRODUCCIÓN

Los cuentos son la calderilla del tesoro de la ficción. Es fácil pasarlos por alto ante la abundancia de novelas disponibles, una moneda sobrevalorada que con frecuencia resulta ser falsa. En su máxima expresión —Borges, Ray Bradbury y Edgar Allan Poe—, el cuento está acuñado en metal precioso y sus destellos dorados brillarán para siempre en el hondo talego de la imaginación del lector.

Los cuentos siempre han sido importantes para mí. Me gusta su cualidad instantánea, su capacidad para centrarse con intensidad en un único tema. También son una forma útil de ensayar las ideas que más tarde se desarrollarán en una novela. Casi todas mis novelas primero fueron esbozadas como cuentos, y los lectores de *El mundo de cristal*, *Crash* y *El imperio del sol* encontrarán esas semillas germinando en algunas partes de esta recopilación.

Cuando empecé a escribir, hace cincuenta años, los cuentos eran inmensamente populares, y algunos diarios publicaban uno nuevo cada día. Por desgracia, creo que la gente de nuestra época ha perdido esa capacidad de leer cuentos, lo cual quizá sea una reacción a las largas y prolijas historias de los seriales de televisión. Los escritores jóvenes —también yo mismo— siempre han considerado sus primeras novelas como una especie de prueba de virilidad; sin embargo, un gran número de las que se publican actualmente habrían sido mejores si se las hubiese reformulado

como cuentos. Es interesante que haya muchos cuentos perfectos, pero no novelas perfectas.

El cuento sobrevive, especialmente en la ciencia ficción, que sabe sacarle el máximo partido a su proximidad al cuento popular y a la parábola. Muchos de los relatos de esta recopilación se publicaron por primera vez en revistas de ciencia ficción, aunque los lectores de entonces se quejaban vigorosamente de que no eran ciencia ficción en absoluto.

Pero yo estaba interesado en el futuro real, que podía ver cada vez más cerca, y no tanto en ese futuro inventado que prefería la ciencia ficción. Huelga decir que el futuro es una zona peligrosa, plagada de minas y con cierta tendencia a revolverse y morderte los talones. Un corresponsal me ha señalado que los ordenadores que escriben poesía en mi libro *Vermilion Sands* funcionan con válvulas. ¿Por qué toda esa brillante gente del futuro no tiene PC ni buscaper-sonas?

Podría responder que *Vermilion Sands* no está ambientado en el futuro, sino en una especie de presente visionario, descripción que se ajusta a los relatos de este libro y casi a todo lo demás que he escrito.

¡Ah!, en cuanto a un ordenador de vapor y un televisor que funciona con el viento... Bueno, ahí tenéis ideas para un cuento...

J.G. BALLARD, 2001

## PRIMA BELLADONNA

La primera vez que vi a Jane Ciracylides fue durante el Receso, aquella crisis mundial de aburrimiento, letargo y caluroso verano que nos hizo vivir a todos diez años inolvidables y felices, y supongo que eso debió de influir mucho en lo que pasó entre nosotros. Desde luego, no creo que ahora yo pudiera hacer tanto el ridículo, aunque quizá fuera la propia Jane la causante de todo.

Dijeran lo que dijeran de ella, nadie podía negar que era una muchacha de gran hermosura, aunque tenía un pasado genético un poco mezclado. Los chismosos de Vermillion Sands pronto decidieron que tenía gran parte de mutante, porque lucía una pátina dorada sobre su espléndida piel, y sus ojos parecían los de un insecto, pero eso no nos importaba ni mí ni a mis amigos, algunos de los cuales, como Tony Miles y Harry Devine, ya nunca volvieron a ser los mismos para sus mujeres.

En aquellos días pasábamos las horas en la terraza de mi apartamento frente a la carretera de la playa, bebiendo cerveza —siempre teníamos un buen suministro en la nevera de mi tienda de música de la planta baja—, charlando del pan y los peces y jugando al i-Go, una suerte de ajedrez lento muy popular en la época. Ninguno de los demás tenía trabajo: Harry era arquitecto y Tony Miles de vez en cuando les vendía cerámicas a los turistas, pero yo solía pasarme una par de horas en la tienda cada mañana, ocupán-

dome de los pedidos del extranjero y girando los botellines de cerveza.

Un día particularmente caluroso y perezoso acababa de envolver una delicada mimosa soprano para la Sociedad del Oratorio de Hamburgo cuando Harry me telefoneó desde la terraza.

—¿Floristería Coral Parker? —preguntó—. Eres culpable de sobreproducción. Vente para aquí. Tony y yo tenemos algo hermoso que enseñarte.

Cuando subí los encontré sonriendo felices, como dos perros que acabaran de descubrir un árbol interesante.

—¿Y bien? —pregunté—. ¿Dónde está?

Tony inclinó un poco la cabeza.

—Ahí.

Miré a un lado y a otro de la calle, y hacia la fachada del edificio de apartamentos de enfrente.

—Cuidado —me advirtió—. No te quedes boquiabierto al verla.

Me senté en uno de los sillones de mimbre y estiré el cuello con cautela para mirar a mi alrededor.

—Cuarto piso —dijo Harry lentamente y casi moviendo apenas las comisuras de la boca—. Un balcón más a la izquierda del que tenemos justo delante. ¿Contento ahora?

—Soñando —dije, echándole una mirada larga y detallada—. Me pregunto qué más podrá hacer.

Harry y Tony soltaron un suspiro de gratitud.

—¿Y bien? —preguntó Tony.

—Está fuera de mi alcance —repuse—. Pero no creo que sea difícil para vosotros. Id y explicadle cuánto os necesita.

Harry lanzó un gemido.

—¿No te das cuenta de que es poética, emergente, algo que nace directamente del mar apocalíptico primordial? Probablemente sea divina.

La mujer se paseaba por la sala, recolocando los muebles, prácticamente desnuda, a excepción de un enorme

sombrero metálico. Incluso entre las sombras, los contornos sinuosos de sus muslos y hombros resplandecían con ardientes tonos dorados. Era una galaxia de luz andante. Vermilion Sands nunca había visto nada como ella.

—La aproximación tiene que ser ambigua —continuó Harry mirando su cerveza—. Tímido, casi místico. Nada urgente o acaparador.

La mujer se detuvo para abrir una maleta y las tiras metálicas de su sombrero ondearon frente a su rostro. Vio que la observábamos, miró a su alrededor durante un instante y bajó las persianas.

Nos apoyamos contra el respaldo y nos miramos pensativamente, como tres triunviros ante la decisión de repartirse un imperio, sin decir demasiado, y con un ojo puesto en cualquier posibilidad de juego a dos bandas.

Cinco minutos más tarde empezó el canto.

Al principio pensé que se trataba de uno de los tríos de azaleas con problemas por el pH alcalino, pero las frecuencias eran demasiado altas. Casi no llegaba a un rango audible, un fino trémolo que nacía de la nada y te subía por los huesos de la nuca.

Harry y Tony me miraron con el ceño fruncido.

—Tu ganado debe de estar triste por algo —dijo Tony—. ¿Puedes ir a tranquilizarlo?

—No son las plantas —le contesté—. No puede ser.

La intensidad del sonido aumentó, arañándome los bordes de mis huesos occipitales. Me disponía a bajar a la tienda cuando Harry y Tony saltaron de los sillones y se lanzaron contra la pared.

—¡Cuidado, Steve! —me gritó Tony, señalando frenético la mesa sobre la que me apoyaba, y entonces levantó una silla y la aplastó contra la superficie de cristal.

Yo me levanté y me sacudí los fragmentos de los cabellos.

—¿Qué demonios pasa?

Tony miraba la maraña de mimbre atada alrededor de los soportes metálicos de la mesa. Harry se adelantó y me cogió del brazo con cuidado.

—Ha estado cerca. ¿Estás bien?

—Se ha ido —dijo Tony con tono neutro. Observó cuidadosamente el suelo de la terraza, y miró por encima de la barandilla hacia la calle.

—¿Qué era eso? —pregunté.

Harry me miró atentamente.

—¿No lo has visto? Lo has tenido a menos de diez centímetros. Un escorpión emperador tan grande como una langosta. —Se desmoronó sobre una caja de cervezas—. Debe de haber sido uno sónico. Ahora ya no se oye el ruido.

Cuando se hubieron marchado arreglé el desastre y me bebí una cerveza con tranquilidad. Podría jurar que no había aparecido nada en la mesa.

En la terraza de enfrente, vestida con un salto de cama de fibra ionizada, me observaba la mujer dorada.

A la mañana siguiente supe quién era ella. Tony y Harry habían bajado a la playa con sus mujeres, y probablemente estarían exagerando la historia del escorpión, y yo estaba en la tienda, afinando una orquídea Khan-arácnida con la lámpara de rayos ultravioletas. Era una flor difícil, con una escala normal de veinticuatro octavas completas, pero si no hacía mucho ejercicio tendía a sumirse en transportaciones neuróticas de tono menor que costaba lo indecible romper.

Y como se trataba de la flor más antigua de la tienda, naturalmente afectaba a todas las demás. Invariablemente, cuando abría la tienda todas las mañanas, aquello sonaba como una casa de locos, pero tan pronto como alimentaba a la arácnida y le aumentaba o disminuía unos grados el pH, el resto enseguida recibía señales de ella y se tranquilizaban en sus receptáculos de control, las de dos tiempos, las de tres por cuatro, las multitonos, todas en perfecta ar-

monía. Solo había una docena de arácnidas en cautiverio; la mayoría de las demás eran o mudas o injertos de tallos de dicotiledóneas, y yo podía considerarme afortunado por tener la mía, después de todo. Cinco años atrás le había comprado la tienda a un hombre casi sordo llamado Sayers, y el día antes de irse dejó un montón de plantas en el vertedero de basura que había detrás del edificio de apartamentos. Mientras recuperaba algunos de los receptáculos, me encontré con la arácnida, que florecía gracias a una dieta de algas y tuberías de goma podridas.

Nunca descubrí por qué Sayers quiso deshacerse de ella. Antes de llegar a Vermilion Sands, Sayers había sido comisario del Conservatorio de Kew, donde habían desarrollado la primera flora coral, y había trabajado a las órdenes del director, el doctor Mandel. Cuando era un joven botánico de apenas veinticinco años de edad, Mandel había descubierto la primera arácnida en la selva de la Guayana. La orquídea recibía su nombre de la araña Khan-arácnida, que polinizaba la flor al mismo tiempo que ponía sus propios huevos en el carnoso óvulo, guiada o, como siempre insistía Mandel, hipnotizada por las vibraciones que emitía el cáliz de la orquídea en la época de polinización. Las primeras orquídeas arácnidas solo emitían algunas frecuencias aleatorias, pero mediante el cruce de variedades y una técnica que las mantenía artificialmente en estado continuo de polinización, Mandel creó una variedad que alcanzaba un máximo de veinticuatro octavas.

No es que hubiera podido oírlas nunca. En la culminación de la obra de su vida, Mandel, igual que Beethoven, estaba completamente sordo y sin embargo, aparentemente, solo con mirar una flor podía oír su música.

Pero lo más curioso fue que al volverse sordo nunca más miró una arácnida. Esa mañana casi comprendí por qué. La orquídea estaba de mal humor. Primero se negaba a alimentarse, y tuve que convencerla con un chorro de fluraldehído, y luego empezó a ponerse ultrasónica, cosa

que provocó las quejas de todos los dueños de perros de la zona. Por último intentó romper su receptáculo mediante resonancia.

El lugar entero estaba alborotado, y casi me había resignado a silenciarlas y a despertarlas a mano, una por una — un trabajo agotador, pues había ochenta receptáculos en la tienda—, cuando de pronto todo se redujo a un leve murmullo.

Miré a mi alrededor y entonces vi que entraba la mujer de la piel dorada.

—Buenos días —saludé—. Debe de gustarles.

La mujer sonrió cordialmente.

—Hola. ¿No estaban comportándose?

Debajo del vestido negro de playa la piel de la mujer era más suave, más delicadamente dorada, pero fueron sus ojos lo que más me llamó la atención. Pude verlos apenas bajo el ala ancha de su sombrero. Unas patas de insecto oscilaban delicadamente alrededor de dos puntos de luz púrpura.

Se aproximó a un parterre de helechos mixtos y se quedó mirándolos. Los helechos se estiraron hacia ella y cantaron ilusionados con sus voces aflautadas y líquidas.

—Qué dulces son, ¿verdad? —dijo la mujer acariciando con suavidad los helechos—. Necesitan mucho afecto.

La voz de la mujer tenía un registro grave, una bocanada de arena fría colmada de música.

—Acabo de llegar a Vermilion Sands —dijo—, y mi apartamento parece excesivamente tranquilo. Tal vez si tuviera una flor, una sería suficiente, no me sentiría tan sola.

No podía apartar los ojos de ella.

—Sí —asentí, rápido y profesional—. Algo exótico, ¿verdad? ¿Esta Samphire de Sumatra, por ejemplo? Es una mezzosoprano con pedigrí del mismo folículo que la Prima Belladonna del Festival de Bayreuth.

—No —dijo ella—. Parece más bien cruel.

—¿O este lirio laúd de Luisiana? Si le diluye un poco el SO<sub>2</sub>, le cantará hermosos madrigales. Le mostraré cómo hacerlo.

Ella no me escuchaba. Poco a poco, con las manos alzadas delante de sus pechos, casi como si estuviera rezando, avanzó hacia el mostrador donde estaba la arácnida.

—Qué hermosa es —dijo ella, mientras observaba las magníficas hojas amarillas y púrpuras que colgaban del vibrocáliz de crucería escarlata.

La seguí por la tienda y conecté el audio de la arácnida para que pudiera oírla. La planta volvió a la vida de inmediato. Las hojas se tensaron y se llenaron de color, y el cáliz se hinchó, y los nervios se arquearon. Se oyó el chirrido de algunas notas agudas e inconexas.

—Hermosa pero mala —puntualicé.

—¿Mala? —repitió—. No, orgullosa. —Dio otro paso más hacia la orquídea y le miró la malévola cabeza.

La arácnida se estremeció y las espinas del tallo se arquearon y flexionaron amenazadoramente.

—Tenga cuidado —le advertí—. Es sensible hasta a los sonidos respiratorios más débiles.

—Tranquilo —dijo, apartándose con un gesto—. Creo que quiere cantar.

—Son solo fragmentos de escalas —le comenté—. No canta. La uso como indicador de frecuencia...

—¡Escuche! —dijo mientras me agarraba del brazo y me lo apretaba con fuerza.

De las plantas de toda la tienda emergió una débil melodía rítmica, y por encima de eso una voz individual que gritaba, primero como una delgada ola de un tono alto que empezó a pulsar y a volverse cada vez más grave hasta convertirse en barítono, despertando a las demás plantas en un coro de segundas voces.

Nunca antes había oído cantar a la arácnida. La estaba escuchando atentamente cuando sentí que algo caliente

me quemaba el brazo. Me giré y vi a la mujer que miraba fijamente a la planta, con la piel en llamas, los insectos de los ojos retorciéndose exaltados. La arácnida se estiraba hacia ella, con el cáliz erecto y las hojas como sables de color rojo sangre.

Me aparté de la mujer rápidamente y corté la alimentación de argón. La arácnida se hundió en una serie de gemidos y a nuestro alrededor quedó una babel de pesadilla: notas sueltas que empezaban en un *do* o un *la* altos y terminaban en completa disonancia. Un leve susurro de hojas se oía por encima del silencio.

La mujer se apoyó en el borde del receptáculo y se recuperó. Su piel se apagó y los insectos de los ojos se tranquilizaron, apenas oscilando un poco.

—¿Por qué la apaga? —preguntó ella con dificultad.

—Lo siento —dije—. Pero tengo aquí diez mil dólares en mercancías y este tipo de tormenta emocional dodecafónica puede hacer volar un montón de válvulas. La mayoría de estas plantas no se adaptan a una gran ópera.

Observó la arácnida mientras el cáliz se vaciaba de gas. Una a una, las hojas fueron doblándose y perdiendo su color.

—¿Cuánto cuesta? —me preguntó, abriendo el bolso.

—No está en venta —dije—. Francamente, no tengo ni idea de cómo ha sido capaz de llegar a esos compases...

—¿Mil dólares serán suficientes? —me preguntó clavándome los ojos.

—No puedo venderla —repetí—. Nunca conseguiría afinar las demás plantas sin ella. De todos modos —añadí, tratando de sonreír—, esa arácnida se moriría en diez minutos si la sacara del vivero. Todos estos tubos y hojas parecerían un poco raros en medio de su sala de estar.

—Sí, por supuesto —reconoció ella, devolviéndome de pronto la sonrisa—. He sido una tonta. —Se volvió para echarle una última mirada a la orquídea por encima del

hombro y se alejó hacia la larga sección de Chaikovski, muy popular entre los turistas.

—*Pathétique* —leyó en una etiqueta, al azar—. Me llevaré esta.

Envolví la escabiosa y metí en el interior de la caja el folleto de instrucciones, sin dejar de observar a la mujer ni un solo segundo.

—No ponga esa cara de alarma —dijo divertida—. Nunca había oído algo así antes.

No me había alarmado. Era que treinta años en Vermilion Sands me habían estrechado los horizontes.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar en Vermilion Sands? —le pregunté.

—Debuto esta noche en el Casino —dijo.

Me dijo que se llamaba Jane Ciracylides y que era una cantante especializada.

—¿Por qué no viene a verme? —propuso haciendo revolotear los ojos con picardía—. Empiezo a las once. Puede que le resulte interesante.

Y lo hice, fui a verla. A la mañana siguiente, Vermilion Sands zumbaba. Jane había causado sensación. Después de la actuación, trescientas personas juraron que habían visto de todo, desde un coro de ángeles que cantaba con las voces de la música las esferas hasta la Alexander's Ragtime Band. En cuanto a mí, tal vez había escuchado demasiadas flores, pero al menos sabía de dónde había salido el escorpión de la terraza.

Tony Miles había oído a Sophie Tucker cantando el «Saint Louis Blues», y Harry al viejo Bach dirigiendo la *Misa en Si menor*. Vinieron a la tienda y discutieron sobre sus respectivas actuaciones mientras yo lidiaba con las flores.

—Increíble —exclamó Tony—. ¿Cómo lo hace? Dime.

—La partitura de Heidelberg —se extasió Harry—. Sublime, absoluta. —Miró irritado las flores—. ¿No puedes

mantener esas cosas en silencio? Están montando un follón insoportable.

Era cierto, y yo tenía una buena idea de por qué lo estaban haciendo. La arácnida estaba completamente fuera de control, y para cuando conseguí calmarla con una solución salina ligera, ya había quemado más de trescientos dólares en plantas.

—La actuación de anoche en el Casino no fue nada comparada con la que dio ayer aquí —les dije—. *El anillo de los nibelungos* interpretado por Stan Kenton. La arácnida se volvió loca. Estoy seguro de que quería matarla.

Harry observó las convulsiones de las hojas de la planta, los movimientos rígidos y espasmódicos.

—Si me lo preguntaras, te diría que está en un avanzado estado de celo. ¿Por qué tendría que querer matarla?

—La voz de ella debe de tener matices que le irritan el cáliz. Ninguna de las otras plantas reaccionó igual. Arrullaron como tórtolas cuando las tocó.

Tony se estremeció de alegría.

Afuera, en la calle, hubo un resplandor de luz.

Le di la escoba a Tony.

—Oye, amante, prepárate. La señorita Ciracylides se muere por conocerte.

Jane entró en la tienda vestida con una falda de cóctel de un amarillo encendido y otro de sus sombreros.

Se la presenté a Harry y a Tony.

—Las flores parecen muy tranquilas esta mañana —se extrañó—. ¿Qué les pasa?

—Estoy limpiando los receptáculos —le dije—. Por cierto, queremos felicitarla por lo de anoche. ¿Qué se siente al poder nombrar tu quincuagésima ciudad?

Sonrió con timidez y empezó a pasear de un lado a otro por la tienda. Como yo suponía, se detuvo al lado de la arácnida y la observó detenidamente.

Quería ver qué decía ella, pero Harry y Tony revoloteaban a su alrededor, y enseguida la acompañaron a mi apar-

tamento, donde pasaron una mañana divertida haciendo bufonadas y saqueándome el *whisky*.

—¿Qué tal si vienes con nosotros esta noche después del espectáculo? —le preguntó Tony—. Podemos ir a bailar al Flamingo.

—Pero los dos estáis casados —protestó Jane—. ¿No os preocupa la reputación?

—Bueno, traeremos a nuestras mujeres —dijo Harry alegremente—. Y aquí Steve puede venir con nosotros y cuidar de ti.

Jugamos al i-Go juntos. Jane dijo que nunca había jugado antes, pero no tuvo dificultad alguna en entender las reglas, y cuando empezó a ganarnos todas las partidas supe que estaba engañándonos. Lo cierto es que no todos los días tienes la oportunidad de jugar al i-Go con una mujer que tiene la piel de oro e insectos por ojos; sin embargo, me molestó. A Harry y a Tony, por supuesto, no les importó.

—Es encantadora —comentó Harry después de que ella se hubiera marchado—. ¿A quién le importa? De todas maneras es un juego estúpido.

—A mí me importa —dije—. Esa mujer hace trampas.

Los tres o cuatro días siguientes fueron un verdadero Armagedón audiovegetal en la tienda. Jane venía cada mañana para ver a la arácnida, y su presencia era más de lo que la flor podía soportar. Por desgracia, yo no podía privar de comida a las plantas más allá de cierto umbral. Necesitaban ejercicio, y para eso necesitaba la guía de la arácnida. Pero en lugar de limitarse a sus escalas armónicas habituales, la orquídea solo chillaba y gemía. No me preocupaba el ruido, del que solo se habían quejado un par de docenas de personas, sino el daño que les hacía a las cuerdas vibratorias de las plantas. Las de los catálogos del siglo XVII sobrellevaban bien la tensión, y las modernas eran inmunes, pero aquella música hacía que a las románticas les estallaran los